

De la nariz al cielo

Los huéspedes—pocos, pero buenos—de la antigua fonda de la cumbre de Monte Alegre sentían, desde hacía una semana, la dicha que, en vano, habíanse prometido hasta entonces: oían la voz del senador Romualdo Reda.

—¡Al fin!

El ilustre químico, académico de los Lincei, hallábase desde hacía veinte días allá arriba; pero se había dejado ver bien poco y no había cambiado ni una palabra con nadie. No se encontraba bien; se hallaba cansado; hasta se llegó a decir que, últimamente, en Roma, le había dado un ligero vahído en la Sala de química, donde solía permanecer desde la mañana hasta la noche; que los médicos le habían obligado a que se tomase algún descanso, a interrumpir, siquiera por unos meses, los estudios que, viejo y todo, seguía con inflexible tenacidad y el mismo áspero rigor.

Con igual tenacidad, con igual rigor, tenía regularizada su vida. Solicitado con toda insisten-

cia por dos veces para que subiese, como suele decirse, al Poder, como ministro de Instrucción Pública, ambas veces había contestado con una rotunda negativa, no queriendo apartarse de sus estudios y de sus deberes de educador.

Sumamente bajo de estatura, casi sin cuello, con aquel rostro rasurado, achatado, como de cuero, con aquellos párpados hinchados, como dos bolsas, que le ocultaban las cejas; con aquellos cabellos largos, cenicientos, lacios y húmedos, que le ocultaban las orejas, tenía el aspecto de una criada vieja y chismosa.

Todos los días, al atardecer, bajaba a la terraza del hotel, seguido de un camarero que le llevaba un gran fajo de revistas, periódicos o algún libro; y, en una silla de extensión, de junco, sumergíase, durante algunas horas en la lectura, a la sombra de una majestuosa haya secular, que dominaba toda la cumbre.

Lo de majestuosa, es relativo; la haya parecía estar mortalmente aburrida de hallarse allí arriba, expuesta a todos los vientos, como si no supiese apreciar convenientemente el altísimo honor y la suerte que, en aquellos días, le había cabido al albergar bajo sus frondas copiosas, a tan ilustre personaje. Diríase que ni siquiera se daba cuenta.

Tampoco el hotel parecía hallarse orgulloso de albergarlo, y conservaba tranquilamente su aspecto, humilde y melancólico, de antiguo convento abandonado.

Pero el fondista... ¡ah! había que ver al fondista: había adquirido enseguida, para con los demás parroquianos, un estiramiento, un sosiego de diplomático. ¿Y los camareros?... También había que ver a los camareros; habíanse dado a prestar sus servicios de prisa y corriendo, con evidente desprecio, para dar a entender que no podían ocuparse más que a medias de los otros, ocupados como se hallaban al servicio de aquella personalidad.

El joven abogado y aficionado al periodismo, Torelo Scamozzi, se hallaba francamente asqueado, no tanto por él—afirmaba—cuanto por las señoras. Y amenazaba vengarse en los muchos periódicos de que se decía colaborador. Mas las señoras le rogaban, generosamente, que no se expusiera por ellas, que no se comprometiera y que se calmara.

Cuatro eran las damas; esto es, las Gilli, madre e hija; Miss Green, inglesita un tanto entrada en años, rubia y cerúlea, provista siempre de dolor de cabeza y de antipirina; y la mujer del doctor Sandrocca, atáxico y relegado perpetuamente sobre un sillón de ruedas.

Más prudente, mejor dicho, más práctico, el joven León Borisi dejaba a Scamozzi el gusto de hacer de paladín de las damas, y especialmente de la lindísima y vivaz Niní Gilli; y, por su cuenta, habíase dado a empujar el sillón del doctor Sandrocca por todos los senderos del monte, bajo los

castaños; a empujar el sillón con una mano y a estrechar con la otra, el talle de la esposa del notable doctor, que era una morenita rizada, de naricita respigoncilla y ojillos ardientes, simpatísima. ¡Oh! ¿qué es esto? ¡cuidado!: inocentemente, casi por distracción, a espaldas del marido, que reía, reía y hablaba y fumaba su pipa sin descansar un momento.

II

El milagro de hacer hablar al ilustre senador Romualdo Reda lo había logrado un nuevo huésped que, a su llegada, había hecho torcer la naricilla a las cuatro señoras y arrugar el hocico al fondista.

Mal compuesto, alto y grueso, siempre sudoroso, con la cabezota rapada y el cogote rebosando bajo la nuca, los lentes escurriéndosele, siempre ladeados, sobre la nariz de albondiguilla y aquellos ojos saltones—que parecían irlos buscando para mirar, obligándole a hacer con la cabeza unas volteretas sobre el cuello de lo más gracioso y que hacían pensar en un buey tratando de substraerse al yugo—el profesor Dionisio Vernoni no era, en realidad, como para inspirar confianza. Mas, al oírle hablar...

Tal vez en su interior, el profesor Dionisio

Vernoni sufría con las volcánicas confusiones de las muchas pasiones que encerraba en su pecho capaz; pero cuanto podía verse al exterior, daba risa, eso es. Risa, sí, sobre todo, porque con toda aquella montaña de carne sudada encima, era un incorregible idealista, un idealista que, aun a costa de la vida, no se avenía, no sabía, no quería avenirse, a la irritante renunciación de la ciencia frente a los formidables problemas de la vida, al cómodo (él decía villano) resguardarse del llamado pensamiento filosófico en los confines de lo cognoscible. Y espantaba, por aquí y por allá, con las dos manazas a las obstinadísimas moscas, que querían pegotearse contra su caraza sudada.

Viendo, bajo la haya, al senador, que muchos años antes había sido profesor suyo en la Universidad (todos los profesores de varias universidades habían sido maestros suyos, porque se había laureado tres o cuatro veces), Dionisio Vernoni, entre el estupor general y la indignación del fondista, corrió hacia él, y hasta llegó a echársele encima gritándole, con los brazos en alto:

—¿Usted aquí, querido maestro?

Y, casi en seguida, habíanse vuelto a encender, entre el antiguo discípulo y el antiguo maestro, las fervientes discusiones, famosas durante muchos años en la Universidad romana.

Fervientes por un sólo bando, se entiende: por el de Vernoni; porque el senador respondía seco y mordaz, con una sonrisita yerta en los labios,

que dejaba ver bien a las claras, cómo se dignaba conceder alguna respuesta a su estrambótico discípulo, sólo para divertirse con él.

Lo habían entendido muy bien los demás huéspedes, los cuales habían ido acercándose, poco a poco, para escuchar. Ahora, después de las comidas, asistían a aquel duelo intelectual bajo la haya, como a un verdadero recreo.

Todos soltaban la carcajada, de cuando en cuando, ante ciertas agudas, explícitas, contestaciones del ilustre senador, mientras Vernoni ora saltaba en pie con los ojos desorbitados, ora, suspenso, extendía sus dos manazas sobre el pecho, como tratando de contener una avalancha de precipitadas protestas.

La señora de Gilli y miss Green, no obstante, arrastradas a veces por el apasionado ardor con que el profesor Vernoni peroraba a favor de sus magnánimas y nobles teorías idealistas, aprobaban, involuntariamente, con la cabeza. Entonces el senador respondía con una agria vocecita irritada.

Y Vernoni, o se encogía de hombros o murmuraba con amargo desprecio:

—La yerba, entonces ¿eh?... ¡La yerba! Como si fuéramos borreguitos...

Niní Gilli, a estas palabras, prorrumpía en una irrefrenable carcajada, a la cual hacían eco todos los demás, mientras el senador miraba en torno suyo, como si no hubiese entendido bien, y preguntaba:

—¿La yerba? ¿Cómo la yerba? No comprendo... ¿Qué tiene que ver aquí la yerba?

—¡La yerba! ¡La yerba!—afirmaba, casi llorando de cólera, Vernoni.—Sí, señor, ¡la yerba!, ¡la yerba! ¿Cuál es para los borregos la única verdad que existe? ¡La yerba! La yerba que les crece bajo el hocico... Pero nosotros, ¡vive Dios, podemos mirar también a lo alto, ilustrísimo senador! ¡A lo alto, a lo alto, las estrellas!

La señora de Gilli y Miss Breen volvían a aprobar con la cabeza, con marcada evidencia ahora.

Y el senador entonces masculaba:

—También a lo alto... sí... sí... como dice Salustio...

—Como dice Salustio, sí, señor—le atajaba rápido Vernoni.—Pero también mirando hacia abajo, usted perdone—, al topo, señor senador: miremos al topo y sigamos la lógica de la naturaleza...

—¡Ah, no!

Y el senador Romualdo Reda, oyendo invocar a la naturaleza, inquietábase en serio, eso es: se incorporaba, golpeando con ambas manos en los brazos del sillón:

—Pero ¡vamos!, ¡hágame usted el favor!, ¡su lógica de usted, querido Vernoni! Es cosa de risa... ¡Dejemos tranquila a la naturaleza por compasión!

—Permítame, permítame...—apresurábase en-

tonces a explicar su contrincante adelantando las manos.—¿Puede ponerse en duda que la naturaleza tenga su lógica? Tenemos una prueba elocuentísima en su propia economía... ¡Déjeme usted decir, querido maestro! El topo... ¿Por qué tiene el topo tan débil el órgano visual? Pues porque ha de estar bajo tierra, ¿está claro? ¿Y el hombre? Permítame, ¿por qué podrá ver las estrellas el hombre? ¡Alguna razón habrá para ello!

Todos permanecían suspensos, por un momento, en espera de la respuesta del senador; pero éste entornaba los ojos fatigados, hinchados, movía la cabeza, entreabría los labios con una sonrisita de desdeñosa conmiseración, y dejaba a todos burlados, diciendo:

—«Gestit enim mens exillire ad magis generalia ut acquiescat: et post parvamoram fastidit experientiam. Sed haec mala demun aucta sunt a dialectica ob pompas disputationum.»

—¿Bacon?—preguntaba el profesor Dionisio Vernoni, enjugándose el copioso sudor de la frente y de la nuca.

Y el senador:

—Bacon.

III

El caso es que una de aquellas mañanas muy temprano, todos los huéspedes del hotel se despertaron de improviso a los agudísimos gritos de la señorita Niní Gilli y a los de su madre.

¿Qué había ocurrido?

En un principio se dijo que la simpática Niní había bajado sola, al amanecer, a los matorrales del Conventito y había tenido un mal encuentro.

—¿Mal encuentro? ¿Cómo? ¿Había sido agredida? Pero nunca se había oído que entre los matorrales del Conventito hormigearan... ¡ah! ¿No se trataba de malhechores? ¿Qué encuentro, entonces?

La simpática Niní—o la Gillina, como la llamaban—había subido de los matorrales corriendo, corriendo, desfigurada, descompuestos los cabellos, gritando, presa de un terror demente. Ahora se debatía, arriba en su cuarto, en un terrible ataque de nervios.

¿Pero qué encuentro a fin de cuentas había sido aquél? ¿Qué le habían hecho? Los matorrales del convento hallábanse en la falda occidental del monte, espesísimos e intrincados. Matorrales, realmente, no eran, porque todos aquellos casta-

ños, aunque seguían delgaditos, habían crecido muchísimo, derechos como agujas: un bosque. Se llamaban del Conventito, porque en un breve claro del centro, había un pequeño convento antiguo, derruido y abandonado, con su iglesita al lado, cuyo misterioso interior entrevefáse apenas, apenas, a través de las grietas del carcomido portalón.

Scamozzi, pálido, consternadísimo, incitaba a Borisi, incitaba a los cañareros a que le siguieran, armados, a los matorrales, a ver. Pero a ver ¿el qué? ¿Si aún no se sabía nada de cierto! ¿Qué decía el senador Reda, que había acudido al cuarto de la señorita? Reda era médico también, aunque jamás había ejercido.

Solamente Dionisio Vernoni se hallaba dispuesto a seguir a Scamozzi. Mas éste no se fiaba y fingía no oírlo, no verlo.

Al fin, apareció Reda. ¡Uf, alabado sea Dios! ¡Sonreía!... ¿Qué ha sido?

—Nada, señores míos. Pueden estar tranquilos. Una leve psicosis... pasajera... Una crisis histérica, eso es todo. Pasará...

Pero el profesor Vernoni, avanzó cejijunto, descompuesto:

—¿Psicosis?—dijo—¿Abajo, en los matorrales del Conventito? ¿Si usted dice «psicosis», yo sé bien de qué se trata! ¡Lo sé todo, lo sé todo! ¡La señorita Gilli, ha visto! ¡La señorita Gilli, ha oído también!

Scamozzi, Borisi, el doctor Sandrocca, su mu-

31078

jer, Miss Green, volviéronse a mirarlo con la boca abierta:

—Había visto, ¿el qué?

—¡Pero no le hagan caso, por favor!—exclamó el senador.

—¿Alucinaciones, verdad?—gritó entonces Vernoni, en tono de burla y desafío.—Psicosis... crisis histéricas... ¿Y cómo se explica usted entonces que yo también,—sí, señores, yo también,—la otra tarde, hacia el anochecer, lo he oído... sí, señores, mientras estaba sólo allí en el matorral, junto al Convento, una música... una música celestial, que partía de la iglesita... órgano y arpas?... ¡melodía divina!... No se lo dije a nadie; lo digo ahora porque estoy cierto de que también la señorita Gilli la ha oído... Me callé por vergüenza, ¡lo juro! ¡porque tuve miedo, sí, sí! miedo; y escapé a todo correr... ¡Ya no me avergüenza decirlo! Se me pusieron de punta...—los cabellos, no, porque ya no los tengo—; pero se me abrían las carnes... las carnes, sí...

—¡Vaya, haga usted el favor de acabar, señor mío!—le interrumpió en este punto el fondista notando el efecto que aquellas palabras iban produciendo en sus demás clientes.—¡Quiere usted arruinarme! Permítame usted; esas no son más que locuras. Nunca se ha dicho nada semejante; ¡nadie oyó nunca nada! Por fortuna se halla aquí S. E... digo, el ilustrísimo senador... una lumbrera de la ciencia... y también un ilustre doctor,

que... aunque enfermo, se ríe... ¿lo ven? se ríe y hace bien... ¡Es como para reirse, señor doctor! Una sencillísima crisis nerviosa...

—Histérica—corrigió el senador.

—Eso es, histérica... ¡y cuando él lo dice!—concluyó el fondista.—¡Nada de música! ¡de órgano! ¡de arpas! Vamos todos juntos al matorral... Haré servir a ustedes allí el almuerzo... Un lugar delicioso, segurísimo... Abriremos la iglesia... ya verán...

—¿Pero hay órgano en realidad?—preguntó la señora de Sandrocca.

—¡No lo hay!... Es decir... sí, hay y no hay...—respondió confuso el fondista.—Imagine usted, tras de tantos siglos, en qué estado... Puede que algún ratón... Vamos, es cosa de reirse... de reirse... ¿no es cierto, señores?

Y comenzó a reirse: y él sí, reía, y siguió riendo también el doctor Sandrocca, que reía siempre; mas no rieron los demás ni demostraron placer ante el ofrecimiento de almorzar allí en el matorral del conventito.

En cuanto al senador, volvió la espalda, desdénoso, y fué a tenderse en la silla de junco bajo la haya.

En esto, acudió en busca del fondista la señora de Gilli, apresurada y con insólita energía, aunque por la misma excitación se le hubiese como estirado una pierna.

No le satisfacía nada absolutamente aquella

declaración del senador, que parecía hecha de intento para no perjudicar al fondista.

Pero ¡qué crisis histérica, ni que!... ¡si su hija no había sufrido nunca de mal de madre! ¡Es muy fácil decirlo! Luego, lo dicho queda y... comentarios y maledicencias... nada... nada... ¡Las cosas en su puesto! La señora de Gilli quería que las cosas quedaran en su puesto; esto es, que todos supieran lo que había ocurrido; luego, saldar la cuenta y marcharse: en seguida, porque su pobre hija temblaba aún; temblaba como una hoja del susto; y decía que se moriría si permanecía allí una noche más.

Y la señora dióse a referir que la pobre Niní había oído verdaderamente tocar el órgano de la iglesia del Convento.

—¿Lo oyen ustedes? ¿Lo oyen ustedes?—exclamó entonces triunfante Dionisio Vernoni.

La señora se detuvo, como aturdida, mirándole y le preguntó:

—¿Usted? ¿Cómo?... ¿Cómo ha podido saberlo? Y Vernoni:

—No, señora; no lo he sabido; ¡lo he supuesto! Estaba seguro; más que seguro; ¡porque también lo he oído yo!

Asombrada—y satisfecha, no obstante,—la señora de Gilli, juntó las manos exclamando:

—¡Ah, sí! ¿Usted también? ¿Lo están viendo? Y no será cosa de creer que el señor sufra también de mal de madre... como si dijéramos...

Dionisio Vernoni no dió tiempo a los demás para sonreír la afirmación, e insistió:

—¿Órgano y arpas?

—¿Arpas?... Arpas, no sé,—respondió la otra, aterrada por la manera conque Vernoni la miraba. —Niní dice órgano; y que permaneció maravillada en un principio... maravillada de que alguien hubiera ido tan temprano a tocar en aquella iglesia abandonada. No sospechó nada de extraordinario; tanto es así, que se aproximó para ver... y entonces... yo no sé, no sé precisamente lo que habrá visto... no acababa de explicarse bien... dice frailes... dice profesiones... velas encendidas...

La anciana señora de Gilli, dejó en suspenso el discurso llamada a toda prisa por una camarera ante un nuevo ataque de Niní.

Y entonces le llegó la vez al profesor Dionisio Vernoni, a quien todos se dirigieron instintivamente.

Y el profesor Dionisio Vernoni atacó en el acto con su habitual fervor; y comenzó a hablar de ocultismo y de medianismo, de telepatía y de apercibimientos, de aportes y de materializaciones, de plano astral y de teosofía. Y, ante los ojos de los asombrados oyentes, pobló de maravillas y de fantasmas la tierra, que el imbécil orgullo humano imagina sólo habitada por los hombres y aquellos pocos animales que el hombre conoce y utiliza. ¡Error gravísimo! Viven, viven en la tierra de vida natural, naturalísima como la nuestra, otros

seres, de los que, en nuestro estado normal no podemos, por defecto nuestro, tener percepción; sino que se revelan a veces en algunas condiciones anormales y nos llenan de espanto.

Seres sobrehumanos en el sentido de que se hallan más allá de nuestra pobre humanidad, pero naturales también, naturalísimos, sujetos a otras leyes que ignoramos nosotros,—o mejor, que nuestra conciencia ignora,—mas a las cuales, tal vez inconscientemente, obedecemos todos. Habitantes de la tierra no humanos, esencias elementales, espíritus de la naturaleza de todos géneros, que viven entre nosotros, en las rocas, en los bosques, en el aire, en el agua, en el fuego, invisibles, pero que llegan a veces a materializarse...

Irritado porque el senador Reda no entrara a discutir con él, para provocarlo, abandonóse de intento a los más fantásticos vuelos, a las más aventuradas suposiciones, a las más seductoras explicaciones; y, al fin, prorrumpió en una verdadera carga a fondo contra la ciencia positiva, contra ciertos llamados científicos que no ven una cuarta más allá de sus narices (repitió tres o cuatro veces esta frase): gélidos míopes presuntuosos, que querían obligar a la naturaleza a someterse a las experiencias, a los cálculos de sus gabinetes, bajo el cilicio de sus instrumentuchos y de sus míseros aparatitos.

El senador Romualdo Reda, callaba. Scamozzi, Borisi, Miss Green, la señora de Sandrocca, casi

amedrantados por la violencia agresiva de Vernoni, echaban de cuando en cuando una mirada para observarlo. Callado, impasible, Romualdo Reda permanecía tendido en su silla de extensión bajo la haya, con los ojos cerrados, como si durmiera. Al cabo de algún tiempo, cuando le pareció bien a él, se levantó, y sin decir nada, sin mirar a nadie, con dos dedos introducidos entre los botones del chaleco, se dirigió tranquilo y grave, aunque tan pequeñín, por el sendero que conducía a los matorrales del Convento.

—¡Bendito!—exclamó el fondista, mandándole un beso en la punta de los dedos.

Luego, volviéndose a Vernoni:

—Usted, señor mío, puede decir cuanto quiera: ¡es muy dueño! Pero, fíjese: ¡la mejor respuesta es esa!

E indicó con la mano al senador, que desaparecía poco a poco, bajo los castaños.

IV

Cuando ya cerrada la noche, el profesor Dionisio Vernoni y Torelo Scamozzi—que caballerosamente habían querido acompañar hasta la estación de Valdana a las señoras de Gilli y que, en Valdana habíanse entretenido todo el día—volvían afanosos y fatigados a la fonducha de la cumbre

del monte, hallaron a todos en la mayor consternación.

El senador Romualdo Reda no había vuelto aún del matorral del Conventito. Tras la medrosa aventura de Niní Gilli y las inquietantes discusiones que se habían sostenido aquella mañana, ¿cómo explicar aquel retraso tan prolongado del senador?

León Borisi se apresuró a informar a sus amigos: les dijo que ya habían mandado a dos camareros en busca del ilustre hombre, pero que habían vuelto sin haberlo encontrado; que luego, el dueño del hotel, no muy seguro de que los camareros hubiesen llegado hasta el mismo Convento, había decidido ir él mismo acompañado de otro camarero, ¡y nada! Entonces se había supuesto que, indignado por las violencias de Vernoni, el senador hubiera podido atravesar todo el matorral y dirigirse a pie hasta el próximo pueblecillo de Sopri. Pero se envió a Sopri a un pinche del hotel para adquirir noticias y había vuelto diciendo que no había hallado rastro ni noticia alguna, a pesar—decía—de haber recorrido, de casa en casa, el pueblo entero.

—Por Dios—concluyó Borisi—no se presenten ustedes en el hotel, ¡especialmente, usted, señor Vernoni! El fondista tiene el diablo en el cuerpo; sería capaz de tirarse a su cuello...

—Quisiera verlo—añadió, sombrío, Vernoni—. Oiga usted, amigo mío: lamentaría que le hubiese

ocurrido algo grave al senador Reda. ¡Está enfermo del corazón! Pero una leccioncita... ¡un conciertito de órgano no sabe usted lo bien que les sentaría a algunos sabios!

A poco, el fondista volvía de la cueva, con algunas hachas de viento, para intentar una última expedición al matorral y fingió no fijarse en la vuelta de Vernoni y Scamozzi.

—Señores—exclamó, casi con lágrimas en los ojos—si tuviesen ustedes la bondad de ayudarme... ¡A todos les invito! Comprenderán mi estado de ánimo ante semejante responsabilidad...

Aunque cansadísimos, Vernoni y Scamozzi no se lo hicieron decir dos veces. Los tres camareros y el pinche encendieron las hachas de viento, y, en marcha los ocho, en busca del pequeñísimo senador, perdido entre los altísimos y espesos castaños del monte.

Aunque dominados por la mayor consternación y animados por el mayor interés, todos cedieron a la inquieta curiosidad de observar el efecto extraño, fantástico, del matorral nocturno al rojizo y humeante fulgor de las antorchas. A cada paso proyectaban sombras colosales. Todos aquellos tallos esbeltos, rectos, lanzados contra el cielo, se teñían de sangre; y, ora por un instante, parecía que se iban colocando en filas a un lado y otro, en la profundidad del bosque, ora parecían arremolinarse y juntarse. Y el crujir de las hojas secas y el chillido lejano de las ardillas, puestas

en fuga y el de los pájaros, herían los sentidos, notablemente agudizados, de aquellos improvisados exploradores nocturnos.

Varias veces el fondista propuso el desbandarse, aunque fuese de dos en dos, por el matorral, pues creía inútil buscar al senador por el sendero que conducía al Convento. Mas ninguno lograba separarse del otro, por instintivo horror, por no sentir a solas el asalto de aquellas insólitas, violentas impresiones.

Cuando llegaron al Convento todas las miradas se dirigieron hacia el portalón carcomido de la iglesita. Un calorfo recorrió a todos por la espalda cuando el fondista se aproximó y con una mano lo empujó varias veces.

—¡Está cerrado!

Scamozzi y Vernoni propusieron rebuscar entre las ruinas del Convento; mas el fondista aseguró que ya lo había hecho él con el mayor detenimiento. Por el matorral, por el matorral era por donde había que buscar bien, porque, tal vez, el senador habíase internado entre los árboles y luego no había hallado salida. Eran ocho y tenían cuatro antorchas; por lo tanto, de dos en dos ¡paciencia! una pareja aquí, otra allí, en lo más intrincado, despacito, con el mayor detenimiento...

Así lo hicieron; y la exploración duró cerca de una hora; alguna antorcha se apagó y costó mucho volverla a encender; después el horror mismo del sitio, el cansancio, comenzaron a inspirar en

unos suposiciones menos hoscas, a engendrar, en otros, desconfianza en el éxito de la empresa. Se dieron voces, se reunieron en el sendero, del que ninguna de las parejas se había apartado mucho, y terminaron por convenir todos en la desesperada dificultad de aquella rebusca nocturna. Tanto más, cuanto que las antorchas estaban ya medio acabadas.

¡Mañana, mañana temprano, con luz!

Y a la mañana siguiente, en efecto, al amanecer, reanudaron las pesquisas. Los ocho de la noche anterior, comenzaron entonces a buscar cada uno por su cuenta y el matorral fué investigado todo él, en todos sentidos, sin fruto alguno.

Al fin, ¡un grito! Venía del claro en que estaban las ruinas del Conventito.

Acudieron todos angustiados, jadeantes.

Allí, precisamente allí, bajo los primeros castaños, a unos cincuenta pasos del Conventito, yacía el cadáver del senador Romualdo Reda, pequeñín, pequeñín, tendido hacia arriba, sin ninguna señal de violencia, sino por el contrario, como si alguien lo hubiese preparado para el sueño eterno, con los pies juntos y los bracitos extendidos a lo largo de la minúscula persona.

Quedarónse todos demudados, mirándolo.

Desde lo alto de las coronas de los castaños, pendía un sutilísimo hilo de araña, que se había posado en la punta de la nariz del diminuto senador.

No se veía el fin de aquel hilo.

Y, desde la naríz del senador una arañita, casi invisible, que parecía había salido de las propias fosas nasales, viajaba indiferente, arriba, arriba, por aquel hilo, que parecía perderse en el cielo.

Las tres

Perdido en un traje viejo de su amo, que le venía ancho por todas partes, Balaró subió corriendo desde el jardín, sacudiendo y agitando al aire, en lugar de las manos, las mangas:

—¡María Santísima! ¡María Santísima!

La gente se detenía en la calle.

—¿Qué ha ocurrido, Balaró?

Ni se volvía siquiera; proseguía corriendo hacia arriba, hacia arriba, gesticulando, hacia el palacio del barón, y repetía a cada paso:

—¡María Santísima!

Inflado, hasta estallar, por la noticia que, a toda prisa, llevaba a la baronesa, con aquella exclamación tomaba aliento. Y se apartaba, se arrancaba con rabia de cuantos querían interponérsele para detenerlo.

La carrera, el esfuerzo para contenerse, la misma enormidad de la noticia, acabaron por aturdirlo de manera que, en cuanto entró en el palacio, fué presa de una especie de vértigo; cayó